

Infiltrados

Rubén Gonzalo Ledesma
Segundo accésit

"La química es el estudio de la materia, pero yo prefiero verlo como el estudio del cambio. Los electrones cambian su nivel de energía, las moléculas cambian sus enlaces, los elementos se combinan y se transforman en compuestos. Eso es la vida".

Walter White, *Breaking Bad*

Marc estaba nervioso. Quería verme con urgencia. Debía contarme algo y, al parecer, no podía esperar. Nos citamos en una cafetería. Yo le sugerí una al lado de la facultad. Sin embargo, él me dijo que no, que allí no podía ser. De modo que quedamos en la que está junto a mi casa. Al entrar le vi desdibujado. Tenía ojeras y parecía confuso. Se sentó junto a mí y pedimos un par de cafés. Hacía más de una semana que no sabía nada de él. Me extrañó su aspecto descuidado. La barba de varios días, el pelo grasiento, sus ojeras y la ropa manchada de salpicaduras de aceite y ketchup. Le temblaban las manos y no dejaba de girar constantemente la cabeza, como si alguien le estuviese acechando.

— ¿Estás bien?

Se encogió en el abrigo, igual que una tortuga que se repliega detrás de su caparazón y me miró aterrado.

— Algo está pasando en la Universidad de Málaga, David.

— ¿A qué te refieres?

Acercó la silla a la mesa y, tras cerciorarse de que a nuestro alrededor nadie nos estaba observando, comenzó a hablar entre susurros.

— ¿Recuerdas al profesor Jorge Méndez, el que nos da *Física del estado sólido aplicada*?

Su voz parecía el gorjeo de una paloma enferma.

— Sí, claro.

— Hace una semana estuve en su despacho para saber si él estaría dispuesto a llevarme el proyecto de fin de grado. Hablamos durante un par de horas y se mostró conforme. Me dijo que estaría encantado de tutelar el trabajo. Además, me sugirió posibles líneas de investigación. Pues bien, hace dos días me lo encontré en los pasillos y le abordé. Le conté que ya había definido el objeto de investigación y el tío se quedó confuso. Me preguntó de qué demonios le estaba hablando. No recordaba haber tenido ninguna conversación. Me despatchó de malas formas porque aún debía dar a los de tercero un par de clases sobre *Mecánica cuántica*. Me marché a casa confuso y al pasar por el Centro Comercial adivina a quién vi. A Méndez. Estaba metiendo las bolsas de la compra en su coche. ¿Cómo era posible que pudiese estar en dos sitios a la vez?

— ¿Has fumado yerba?

— No tío, no. No estoy colocado. Era él. Te lo juro por mis muertos.

— ¡Pero eso es imposible! Nadie tiene el don de la ubicuidad. Es inconcebible que alguien pueda estar en dos sitios a la vez. Te confundirías. Sería otra persona. A lo mejor incluso puede que tenga un hermano gemelo.

— No. ¡Ya lo he comprobado, es hijo único! Sé lo que vieron mis ojos, David. No estoy loco, ni me falta ningún tornillo. Además hay rumores.

— ¿De qué demonios hablas?

— De un experimento. Están desarrollando una patente. La investigación se está llevando con el máximo secretismo. Sólo tres personas saben de qué se trata y no quieren soltar prenda.

— ¿Y tú cómo te has enterado?

— Te acuerdas de Elena, mi ex.

Asentí con la cabeza.

— ¡Pues bien! Forma parte del grupo de becarios asignados a la investigación. No quiso darme muchos detalles, pero me advirtió que me mantuviese lejos, ¿entiendes? Unas horas después de hablar conmigo, Elena apareció muerta en su apartamento de una sobredosis. ¿Te lo puedes creer? Ella que jamás en su vida probó las drogas.

— Lo siento, mucho, de verdad —dije.

— Desde entonces me persiguen. No sé quiénes son ni qué quieren. Pero estoy en peligro, David. Hace un

rato, ha estado a punto de arrollarme un coche y he visto a varios individuos merodeando por mi casa. ¡No sé qué coño quieren de mí, pero en ningún sitio estoy a salvo!

Eché un vistazo tras los cristales y al ver a un chico cubierto con una capucha que caminaba por la acera se levantó y corrió hacia la puerta de salida sin ni siquiera haber probado el café.

— ¡Eh, vuelve! —grité.

Pero para entonces ya se había largado.

Aquella noche llamé varias veces a Marc al móvil. No obstante, su teléfono se encontraba fuera de cobertura. Conocía sus problemas con las drogas. Le gustaba la *maría* y a menudo solía colocarse después de las clases. Aun así, no hice nada. A la mañana siguiente tenía un examen de *Fundamentos de física I* y debía hincar los codos durante toda la noche. Me jugaba el ser o no ser.

Yo no era un alumno aplicado. Nunca llevaba las asignaturas al día y al final siempre me encontraba caminando en la cuerda floja, raspando la delgada línea que separa el suspenso del cinco. Mi expediente académico rozaba la mediocridad. No es que no fuese inteligente. Lo mío era un problema de actitud. Hacia lo justo para aprobar y rara vez me esforzaba, excepto en las clases prácticas de *Electrodinámica clásica*.

A pesar de todo, el examen del día siguiente, al ser tipo test, me salió bastante aceptable. Respondí a la mayoría de las preguntas.

— Las matemáticas no pueden ser más complicadas de lo que los hombres son capaces de comprender. Las mujeres sí que son complicadas, más que cualquier fórmula. ¡Entenderlas eso sí que es difícil! —susurró Miguel al terminar la prueba.

Miguel y Marc eran mis mejores amigos de la facultad.

Nos encontrábamos en la puerta del edificio de física, fumando un cigarrillo mientras en la distancia los jirones de nubes amenazaban con enturbiar aquella apacible tarde otoñal. Las volutas de humo emergían de mi boca. Al fondo se oían los murmullos y las voces de los de tercero.

— ¡Ah, por cierto, ayer estuve con Marc!

— ¿Qué tal le va?

— ¡Mal, está como ido! ¡Y dice unas cosas rarísimas! O deja la *yerba* o no sé qué va a pasar.

Por el pasillo se acercó Diana. Tiré la colilla al suelo, la aplasté con el talón de la zapatilla, me pasé la mano por la cabeza y abrí la mochila.

— ¡Hola, te devuelvo los apuntes! —le dije con una sonrisa de oreja a oreja— ¿Sigue en pie lo de la cita, verdad?

Ella se aferró a la carpeta que sostenía en sus brazos y nos miró extrañada.

— ¿Qué cita?

Aquella chica era una de las pocas razones por las que merecía la pena ir a clase. Vestía unas faldas ajustadísimas y sabía un montón sobre series de televisión. A veces, hablaba durante horas de Walter White, un personaje de *Breaking Bad* por el que sentía una extraña atracción.

— ¿No te acuerdas? Quedamos para hablar sobre el trabajo de *Óptica*.

Sus ojos parecían dos interrogantes y en sus labios se proyectó una enigmática sonrisa.

— ¡Ah, ya! Lo había olvidado.

Su voz sonó hueca.

— Es el próximo jueves a las ocho, en la biblioteca.

Y nos estudiamos con atención.

— Allí estaré.

— Por cierto, ¿me podrías dejar los apuntes que cogiste ayer en *Relatividad General*?

Abrió la carpeta, hurgó entre los clasificadores y me extendió un par de folios. Después me agració con una sonrisa y se perdió entre el maremágnum de alumnos que salían a trompicones de las aulas, como si fuesen una jauría de lobos sedientos de sangre. A mí no me gustaba tomar notas durante las clases. Detestaba hacer de copista. Por eso, solía pedir los apuntes a otros compañeros. Sin embargo, algunos estudiantes se mostraban reacios a prestármelos. Creían que no se los iba a devolver. Otros me

consideraban un caradura y ni siquiera se dignaban en mirarme. Al reparar en la letra de los folios sentí un escalofrío. Aquellos caracteres no se parecían en nada a los de Diana.

— No tienes ninguna posibilidad con ella —me dijo Miguel.

Vivía en un piso de alquiler próximo al campus universitario. Pagaba doscientos euros por una habitación con vistas, un enorme salón que daba a un parque y lo compartía con otras tres personas. En esos instantes me encontraba cocinando unos espaguetis. Cuando terminé, apagué el fuego y me puse a ver la tele. La caja tonta constituía una fuente inagotable de sorpresas. En antena estaba sometándose a la prueba del polígrafo la vecina de un jardinero, cuya hermana tuvo un affaire de una sola noche con un torero de segunda fila que llegó a conocer a Lola Flores.

Me encontraba cenando cuando sonó el teléfono. Lo cogí. Al otro lado de la línea oí la quejumbrosa voz de Marc:

— Están aquí —me dijo.

— ¿Quiénes?

— Ellos. Necesito ayuda.

— ¿Dónde estás?

— En El Palo.

Me vestí a toda prisa y bajé corriendo por las escaleras. La noche se extendía a lo lejos como un animal hostil. Las farolas vertían un tenue vómito de

luz que dibujaba sombras chinescas en el pavimento. Ante mí se sucedieron villas con jardines, edificios con varios siglos de antigüedad que cohabitaban con viviendas de nueva construcción. La ciudad desprendía un aire mediterráneo y marinero. A ambos lados de la vía se sucedían un par de hileras de coches. Tardé más de veinte minutos en llegar. Caminé por el barrio. Inspeccioné la calle a conciencia, pero ni rastro de Marc. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra. Cogí el teléfono y le llamé. Nadie contestó. Sin embargo, acerté a escuchar el politono de un móvil. Debajo de un Ford encontré su teléfono. Estaba manchado de sangre.

De inmediato me dirigí a la comisaría y les conté lo ocurrido. Un policía de aspecto aniñado y ojos fieros me comentó que no me preocupase, que ellos se encargarían de buscar a Marc.

Esa noche no pude conciliar el sueño.

Cuando salió la nota de *Fundamentos de física I* decidí ir a la revisión del examen. La profesora me había suspendido. Su despacho olía a humedad. A través de un amplio ventanal se filtraba la luz que se desparramaba por el mobiliario. Me fijé en la pila de hojas almacenadas sobre la mesa. Una legión de exámenes aún sin corregir. Me dijo que tomara asiento, esbozó una sonrisa y juntó las palmas de las manos.

— Irás a septiembre. Lo siento, pero con un cuatro con setenta y cinco no se aprueba. Además, lo advertí

antes de empezar. Las respuestas incorrectas penalizan cero con veinticinco.

Revisé las preguntas durante un rato. Noté el peso del mundo sobre mi cabeza. Luego, antes de abandonar el despacho, algo captó mi interés. La señorita Carmen era diestra y estaba escribiendo con la mano izquierda.

Los detalles a veces son imperceptibles y, si uno no presta la suficiente atención, pueden pasar desapercibidos. Marc no se equivocaba. En la Universidad estaba sucediendo algo extraño, algo que trascendía la lógica. Esa misma tarde durante la clase de *Técnicas Experimentales II* me fijé en el profesor Martínez. Era catedrático desde hacía más de tres décadas y rara vez se desprendía de sus gafas. Me sorprendió verle revisando unos informes sin sus lentes. Un escalofrío recorrió mi espalda y se me erizó el vello de los brazos.

Cuando quise salir de la facultad ya era de noche.

— ¿Quieres que te acerque? —me preguntó Miguel.

— ¡No, no te preocupes! Prefiero andar un poco a ver si aclaro las ideas.

Málaga se extendía en el horizonte como una ciudad mágica e infranqueable. Los coches surcaban el asfalto de alquitrán y se oían los cláxones. En el parque, el aire estremecía las ramas de los árboles, entonando una macabra melodía de lamentos y crujidos. Tardé un rato en darme cuenta. Me estaban siguiendo. Giré un par de veces la cabeza. Traté de

mantener las formas. Alguien iba detrás de mí. Una película de sudor se deslizó por mi frente. Noté el corazón latiendo desbocado. La sangre bombeaba en mi cabeza.

Apreté el paso y al llegar a la esquina, eché a correr. Ni siquiera volví la vista atrás. Crucé la calle a toda prisa, sin percatarme de los coches que atravesaban la carretera a toda velocidad. Se oyó el ruido seco de un frenazo, el olor de la goma al abrasar el asfalto y la voz de un conductor acordándose de mí y de mi madre. Corrí durante varios minutos hasta que llegué a casa. Al entrar en el apartamento, coloqué la cadena en la puerta, cerré con llave y bajé las persianas. Cogí un bate de beisbol, apagué todas las luces y aguardé en silencio. No pegué ojo durante toda la noche. Estaba asustado. Me levantaba constantemente. De vez en cuando me acercaba a la mirilla de la puerta y, tras cerciorarme de que no había nadie en el rellano, volvía a ovillarme en el sofá. A veces, se encendían las luces del portal. Escuchaba los pasos resonando en la escalera, el sonido del ascensor, el ruido de la puerta de abajo al cerrarse y notaba los temblores replegándose por mi cuerpo.

A la mañana siguiente me crucé con Marc en los pasillos de la facultad. Me quedé sin palabras al comprobar que se había afeitado. Ya no tenía ojeras en el rostro, ni manchas en la ropa. Ahora llevaba una camisa perfectamente planchada y unos pantalones immaculados. Cualquier rastro de su aspecto descuidado se había disipado por completo. Parecía tranquilo y lucía una sonrisa.

— Creo que tenías razón. En la universidad están pasando cosas muy extrañas —dije intranquilo.

— ¿Cómo?

— Es sobre lo que me contaste el otro día.

— ¿De qué hablas?

Se llevó la mano debajo del mentón y me observó con fijeza. Sus ojos habían adquirido una nueva tonalidad verdusca.

— Lo del profesor Jorge Méndez.

— No sé a qué te refieres. ¡Pero te aconsejo que tengas cuidado con lo que vas diciendo por ahí! —dijo entre dientes.

Marc no era Marc. Era otra persona. Al igual que Diana, que la señorita Carmen o que Jorge Méndez. Se trataba de pequeños cambios que prácticamente pasaban inadvertidos. Aun así, yo me había dado cuenta. Parecían otros. Eran otros, pero nadie parecía percibirlo. Salí corriendo y entré en el cuarto de baño. Me palpitaban las sienes y la ropa se me adhería al cuerpo, como una segunda piel. De inmediato me refugué en los servicios.

Debía hacer algo. No podía dejar las cosas así. ¿Pero quién me creería? Nos estaban suplantando. Me acordé de aquella película de Don Siegel. *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Unas vainas que remplazaban a las personas y hacían desaparecer los cadáveres.

Y entonces oí el ruido de la cisterna e instantes más tarde, divisé la figura del profesor Jorge Méndez

proyectada en el espejo del baño. Reparé en su rostro pálido esculpido en hueso, en las ojeras que se replegaban bajo sus cuencas y en sus ojos oscuros, como dos gotas de aceite. Se me heló la sangre y retrocedí con torpeza hasta el dispensador de toallitas de papel. Escuché un ruido a mi espalda y sentí un fuerte golpe en el cráneo. Mis ojos se nublaron, como los de un miope cuando se desprende de las gafas, caí al suelo y perdí la consciencia.

* * *

— ¡David, David, creo que he descubierto algo! — dijo Miguel con una voz jadeante.

— ¿De qué demonios estás hablando?

— De... de...

Y de repente Miguel se dio la vuelta aterrorizado y echó a correr.